

Por [María R. Martínez](#)

No recuerdo exactamente cuándo apareció, fue por las lluvias de junio del año pasado que lo vi, era algo para temer, con varias tonalidades de grises en su espiral de continuo movimiento; entre gris y gris se veían girando tortugas, una casita de perro, libros, la sandalia perdida de mamá...

Me volvían loca aquellos movimientos: ¡trasplum, trasplum, trasplum!, y descubrir en cada giro un objeto nuevo, y lo peor, el rey tan cerca, y si avanzaba a muchos pasos por minutos se lo tragaba entero, pero no, se quedó como un trompo sin pita cuando le grité: “¡Detente!”, y no le quedó más remedio que obedecer.

Él no es de mis fantasmas favoritos, creo que mamá ese pedazo lo puede ir pintando de azul y a lo mejor le nacen palomas o gorriones.

Al final del día el ciclón estornudó y no se tapó la nariz, le dio coriza el olor a gato cuando entró La Piqui a saludarme.

Abuela, cuando vino a limpiar por la mañana, refunfuñando barrió el catarro y dijo: “Esto cada vez está peor”, y yo no le contesté para no caer de nuevo en el tema del albañil chapucero.

Lo he tenido vigilado desde entonces, y aunque aviso de su presencia, nadie me cree que se come, cuando me duermo, algo o a alguien que aprecio.

No puedo cantarle a un ladrón comilón nada en absoluto; me saldría una bulla terrible, pero una cancioncilla de reproche no le vendría mal:

Rugiente comilón:

no vivas en mi techo,

regresa a tu rincón.

Devuélveme el helecho,

el peine y el jabón.

Responde: ¿Qué le has hecho

al queso del ratón,

que lo encontró deshecho

dentro de un cucharón?

¿Por qué rompiste el lecho

del pobre camaleón?

¿Es que no hay en tu pecho

un rojo corazón?